

Contra Disney

Jan Svankmajer

Walt Disney es uno de los principales destructores de la cultura europea. Quizás el más significativo, porque la destruye en el útero, en la mente de los niños. Disney pertenece a la generación de fundadores de la degenerada y omnipresente cultura pop, la cual, como la cultura del vencedor de la "Tercera guerra mundial", está anegando todo el mundo conquistado.

Rafael Sanchez Ferlosio

La industria cultural o la industrialización de la cultura, ha extremado hasta tal punto el rigor de la observancia del derecho narrativo, especialmente desde el cinematógrafo... que ya no extraña siquiera la cada vez más miope, más desavisada y más condescendiente aceptación del recrecido e infinitamente repetitivo imperio de las convenciones narrativas por las personas ilustradas... Hasta la crema de la intelectualidad se toma en serio inmundicias no solo estéticas, sino también ideológicas, como *Casablanca* o *Lo que el viento se llevó*... El paradigma supremo de semejante función educativa es, sin duda, Walt Disney, el gran corruptor de menores y la mayor catástrofe estética, moral y cultural, del siglo XX. Todo suele empezar por la estética, pues lo primero que viene es la Fealdad, luego la Estupidez, y finalmente la Maldad.

Miguel Brieva

Un poeta habla con una de sus creaciones...

"¿Qué opinas de esto, Walt?... he estado leyendo últimamente, ¿sabes?... hay gente que dice que eres el mayor perverso del siglo XX y un auténtico terrorista ideológico, que has contribuido al embrutecimiento de los niños de todo el mundo con tu viciada antropomorfización del mundo animal y su relamido amaneramiento cursi hasta la náusea, que tan sólo te ha interesado generar un imperio empresarial a costa de una manipulada noción de la fantasía sin reparar en los costes psicológicos de los consumidores y apropiándote del trabajo de tus empleados y colaboradores... ¿y sabes una cosa, Walt?... pues que estoy totalmente de acuerdo con los que dicen todo eso... me da pena por ti, pero..."

Santiago Alba Rico

Y digo que es mejor para un niño ver matar y despellejar a un conejo para luego comérselo guisado a la cazadora que ver a un conejo enseñar a patinar a un ciervo. Y digo que es también mejor para los conejos.

(...) En definitiva, la perversión de Disney no consiste en su cursilería; consiste en tratar la cursilería, no como un exceso o fanatismo de Cultura, sino como un rasgo interno de la Naturaleza.

Los únicos perros que se ponen a sí mismos lazos y chalequitos de lana son los de Walt Disney.

Los únicos conejos que se desnudan son los de Walt Disney.

Las únicas ranas que son bailarinas son las de Walt Disney.

Los únicos animales que se llaman *entre sí* mediante patronímicos o diminutivos familiares son los de Walt Disney.

Max Horkheimer y Theodor W. Adorno

Los dibujos animados fueron una vez exponentes de la fantasía contra el racionalismo. Ellos hicieron justicia a los animales y a las cosas electrizados por su técnica, en la medida en que prestaban a los seres mutilados una segunda vida. Hoy no hacen sino confirmar el triunfo de la razón tecnológica sobre la verdad. Hace algunos años tenía acciones coherentes, que sólo en los últimos minutos se disolvían en el torbellino de la persecución. Su modo de proceder se asemejaba en esto al viejo esquema de la comedia bufonesca. Pero ahora las relaciones temporales se han desplazado. Ya en las primeras secuencias del dibujo animado se anuncia un motivo de la acción para que, en el curso de esta, se pueda ejercitar sobre él la destrucción: en medio del vocerío del público el protagonista es zarandeado como un harapo. (...) Si los dibujos animados tienen otro efecto, además del de acostumbrar los sentidos al nuevo ritmo del trabajo y de la vida, es el de martillar en todos los cerebros la vieja sabiduría del que el continuo maltrato, el quebrantamiento de toda resistencia individual, es la condición de vida en esta sociedad. El Pato Donald en los dibujos animados, como los desdichados en la realidad, reciben sus golpes para que los espectadores aprendan a habituarse a los suyos.

Henry A. Giroux

Disney hace más que esparcir su cultura regresiva, aséptica y corporativa a través de todo Norteamérica y las esquinas más lejanas del globo. Sin pudor usa su compromiso con el sano entretenimiento para vender ropa y juguetes a los niños. Bajo el auto proclamado aparato de icono cultural de América descansa un poderoso aparato educacional que provee fantasías cargadas ideológicamente tanto para niños como para adultos. Los "Imagineers" de Disney tienen poco que ver con soñar con un mundo mejor, o incluso con comentar el mundo en que los niños actualmente habitan. Por el contrario, la fantasía de Disney no tiene base en la realidad, ningún sentido de conflictos reales, luchas, alegrías y relaciones sociales. La fantasía se convierte en parte del aparato de mercado, una forma de publicidad desmedida enraizada en la lógica del propio interés y el consumo. La visión de Disney de los niños como consumidores tiene poco que ver con la inocencia, y en cambio mucho que ver con la codicia corporativa y la realización que detrás del vocabulario de diversión familiar y sano entretenimiento es la oportunidad para enseñarles a los niños que el pensamiento crítico y la acción civil son menos importantes que asumir el rol de consumidores pasivos.

Klaus Werner y Hans Weiss

Una investigación estatal en Canadá descubrió en el año 2001 una situación espantosa en la empresa proveedora de Disney KTBA Inc. De Laguna Hills (California): unos 800 trabajadores fabricaban allí diademas y varitas mágicas por un salario medio de 1,35 dólares la hora. El salario mínimo fijado en California es de 6,25 dólares. En la fábrica trabajaban niños entre 7 y 15 años.

Carlo Fabretti

En cuanto a los largometrajes de dibujos animados de la factoría Disney, sobre todo los de la primera época (*Blancanieves*, *Bambi*, *Cenicienta*, *Pinocho*, *Peter Pan*, *La Bella Durmiente*, etc.), han desempeñado un papel crucial en el proceso de suplantación de la cultura popular por la cultura de masas, al contribuir de forma decisiva a banalizar, edulcorar y resemantizar (es decir, ideologizar) los grandes cuentos maravillosos tradicionales y los clásicos de la literatura infantil. A primera vista, podría parecer que su carga ideológica no es muy intensa; pero no hay que olvidar que las películas de Disney van dirigidas (aunque solo a ellos) a los niños, es decir, a un público indefenso ante los

poderosos estímulos audiovisuales de estos excelentes (desde el punto de vista técnico) productos. Teniendo en cuenta, además, el extraordinario éxito de los grandes "clásicos" disneyanos, su amplísima difusión tanto en el espacio como en el tiempo, sería un grave error subvalorar la potencia indoctrinadora de sus almidarados mensajes ético-estéticos, que han grabado en las mentes de varias generaciones de niños unos patrones de belleza y bondad (y de fealdad-maldad) cuya trascendencia aún no ha sido debidamente estudiada.

Ariel Dorfman y Armand Mattelart

No debe extrañar, por lo tanto, que cualquiera insinuación sobre el mundo de Disney sea recibida como una afrenta a la moralidad y a la civilización toda. Siquiera susurrar en contra de Walt es socavar el alegre e inocente mundo de la niñez de cuyo palacio él es guardián y guía.

(...) la fantasía le sirve a Disney para transferir todas las dificultades del mundo contemporáneo bajo la forma de la aventura. Pero al mismo tiempo que muestra estos padeceres inocentemente, los neutraliza asegurando que todo existe para el bien, para el premio, para mejorar la condición humana y llegar hasta el paraíso del ocio y del reposo. Lo imaginario infantil como proyecto de Disney, permite apropiarse de coordenadas reales y de la angustia del hombre actual, pero les priva de su denuncia, de las contradicciones efectivas y de las distintas formas de superarlas.



